

ct

La carta

de
David Barreiro

(fragmento)



PERSONAJES

ROMÁN

A sus cuarenta años, es profesor de literatura en un instituto en Madrid y escritor de poco o ningún éxito. Tiene una mujer y un hijo a los que adora. Es razonablemente feliz. Pero todo esto quizás no sea más que una ilusión.

Sobre el escenario vacío, Román (43) vestido con traje elegante negro, camiseta del mismo color y zapatillas de deporte.

Se dirige al público.

ROMÁN

Hace muchos años que las cartas son solo motivo de preocupación. Notificaciones de Hacienda, avisos del banco, multas que demandan un pago inmediato, requerimientos judiciales, certificados que da pavor abrir por su lenguaje farragoso y, sobre todo, por sus consecuencias. Las buenas noticias, esas noticias que todos queremos escuchar, hace demasiado tiempo que dejaron de llegar al buzón. Te las da un amigo mientras tomáis una cerveza en un bar o por videollamada con voz metálica y cierto retardo desde la otra parte del mundo. Por eso, por miedo, cuando llego a casa cada tarde recojo las cartas sin mirarlas y las amontoño en el aparador de la entrada, un mueblecito del que nos encaprichamos en nuestro viaje de novios a Tailandia y cuyo traslado nos costó el triple que su compra. A veces Paula utiliza uno de los sobres para anotar un número de teléfono o una dirección de correo electrónico o Daniel las abre y hace con ellas avioncitos que arroja al patio interior de nuestro edificio. Hay decenas allí abajo, sobre las claraboyas del garaje, un lugar al que nadie puede acceder, un hangar de aviones de papel esperando un viaje que nunca va a producirse.

De cuando en cuando, eso sí, hago limpieza en el montón de cartas. *(Román va marcando la acción en el aire al tiempo que habla)* Me siento, coloco una caja de cartón en el regazo, las cojo una a una y, sin abrirlas, las rompo por la mitad y las dejo caer. Es un movimiento mecánico, robótico, fordiano. No lo pienso, tan solo lo hago. Me relaja. Me permite olvidarme de todo. Incluso de mí. Principalmente de mí. Los psicólogos lo recomiendan. Si no puedes parar de darle vueltas a la cabeza, utiliza las manos. Te ayuda a relajarte y a aumentar la capacidad de concentración. Jardinería, bricolaje, cocina. Cualquier acción manual puede servir de terapia. La mía es romper cartas. Y esa es la razón de que la carta de la que he venido a hablaros hoy, la carta con la que comienza esta historia, esta carta *(extrae una carta del bolsillo interior de la chaqueta rota por la mitad, pero pegada con celo)* esté así. Un día la cogí, la rompí y la dejé caer en la caja. Su destino era el contenedor azul, pero mi hijo la recuperó. Daniel es un artista con el celo. Cree que sirve para arreglar cualquier cosa: una carta como esta, rota por la mitad, una mesa astillada, uno de sus aviones de papel. El otro día me corté el dedo picando cebolla y me puso una tira de celo en la herida. Ya estás curado, papá. Y se fue a su cuarto tan contento. Es curioso lo fácil que puede llegar a solucionar los problemas un niño de seis años, ¿no creéis? Ojalá viéramos siempre así las cosas los adultos. Ojalá pudiéramos curarnos así. *(Se queda pensativo, vuelve en sí)*. Pero estaba hablando de la carta. De esta carta. Es de papel rugoso. Verjurado, lo llaman. Por eso quizás a Daniel no le servía. Es muy gruesa, difícil de doblar, demasiado pesada para planear entre los tendales de nuestro patio interior. Y quizás por eso Paula no anotó nada en ella: es una carta que impone. En el sobre no figuraba remitente, tan solo mi nombre, mis dos apellidos y la dirección de mi casa escritos a mano en la parte delantera, seguramente a pluma por el trazado circular que se ensancha y estrecha, como meandros de un río de tinta negra, escrita en redondilla, una caligrafía pulcra y cuidada, bien aprendida, seguramente mucho tiempo atrás por quien fuera que la escribiera. Pero no me fijé en esto hasta mucho después de romperla. Cuando Daniel la recuperó del fondo de la caja para darle una nueva oportunidad porque no pudo hacer con ella un avión de papel. *(Extrae la hoja del sobre,*

también pegada con celo). El interior está escrito a máquina, bueno, a ordenador, ya solo escriben a máquina los novelistas pedantes y únicamente cuando van a hacerles uno de esos reportajes para un suplemento cultural. Se colocan delante de la Hispano Olivetti o la Underwood oxidada con su flamante biblioteca a sus espaldas y fingen intensidad, como si mientras son retratados estuvieran dándole vueltas a una idea que acaba de brotar en su mente. El cliché, ya sabéis. Es tan tentador que resulta demasiado fácil, incluso para un gran escritor, caer en sus garras.

Hace el ademán de leer la carta. Pero se para.

Os voy a ahorrar, si me lo permitís, el lenguaje engolado, más propio de una citación judicial que de lo que supuestamente era: un reencuentro de viejos amigos. La carta, de manera enfática y ampulosa me recordaba que, veinticinco años atrás, se había graduado mi promoción del Colegio Corazón de María de Gijón. Ha llovido ya, aunque para ser fiel a la realidad, cada año un poquito menos. Lo llaman cambio climático, por si no lo habéis oído. Con ese motivo, o esa excusa, me citaban el sábado veinticinco de junio de 2022 en el polideportivo del colegio: "Para un momento que ninguno de nosotros va a olvidar nunca". He de reconocer que esto me acojonó un poco, todo lo que me había pasado antes en ese polideportivo quería olvidarlo... pero seguí leyendo. Firmado "Tus amigos del Codema". Creí que no habías tenido amigos en el colegio, me dijo Paula en la cena, cuando se lo conté, mientras silbaba una sopa de fideos. No, no me he equivocado, Paula no sorbe la sopa. La silba. Le gusta muy caliente, ardiendo, y al tomarla, mete aire y emite un silbido muy fino, pero perceptible. Incluso molesto. La primera vez que la vi hacerlo, al poco de conocernos, en un restaurante chino de la plaza de los Mostenses, me quedé mirándola y antes de que pudiera decir nada me cortó: no, yo no sorbo la sopa, yo la silbo. Es lo que hay. Y siguió a lo suyo. Silbando aquella sopa de aleta de tiburón o lo que fuera. Era difícil no caer rendido ante alguien así, ¿no creéis?

Paula estaba en lo cierto, yo no había tenido amigos en el colegio. Asunto zanjado entonces, el tema no iba conmigo, así que pasamos a otra cosa. Seguramente me habló de cómo le había ido el día en el trabajo o yo le hablé de esa nueva idea que me rondaba la cabeza y que por fin me iba a decidir a escribir. O seguramente no. Seguramente acordamos quién iba a buscar a Daniel al colegio al día siguiente y qué le llevaría de merienda. Fruta, yogur, un bocadillo. ¿Quizás unas galletas? Medimos mucho el azúcar que le damos, medimos mucho todo, la verdad. Desde que nació sus necesidades se han impuesto en nuestra rutina, en nuestras vidas, antes llenas de planes de futuro y de recuerdos de los buenos tiempos. No hay espacio más que para el presente de Daniel, esa vida hermosa pero asfíxica a la que Paula y yo hemos tenido que amoldarnos. Un hijo es muchas cosas, pero ante todo, es hacer borrón y cuenta nueva. Todo lo anterior se acabó. Todo empieza de nuevo. Si alguno de vosotros tiene hijos ya sabéis a lo que me refiero. El día en que tu hijo nace tu vida pasa a un discreto segundo plano: le cedés tu asiento, te apartas de la fotografía, sales de cuadro. Así que sí, seguro que hablamos del colegio, de la ropa, de la comida. De algo que hace no tanto nos era ajeno y hoy es el centro de todas nuestras conversaciones. Después... pues supongo que acostaríamos a Daniel, yo me quedaría dormido un rato a su lado después de contarle una historia inventada sobre la marcha, Paula me despertaría a codazos e iríamos juntos a la cama donde ni se nos pasaría remotamente por la cabeza hacer el amor. Un poco de lectura y a dormir, que es tarde. No sé si os sueña.

Algo así pasaría, no lo recuerdo con exactitud. Lo que sí sé es que no tiré la carta. La dejé, partida por la mitad, en la mesilla de noche junto al montón de libros que cada semana crece un poco más.

Arrugas, kilos, dioptrías y lecturas pendientes. Aumentan con los años sin remedio. Y el tema quedó flotando en el ambiente, sin llegar en ningún momento a desaparecer.

Pasarían dos o tres semanas y Paula, de nuevo en la cocina, bajo la luz blanquecina del tubo fluorescente, ante un salmón a la plancha algo chamuscado –la cocina no es lo nuestro– me dijo: deberías ir. Adónde. A esa reunión de tu colegio, a ese encuentro de antiguos alumnos. ¿Para qué? Para que sepan en quién te has convertido, lo que has conseguido. ¿Para fardar? Exacto, para fardar. ¡Joder! Qué pasa. Una espina. Paula se quitó la espina de la boca. Era enorme y blanca, como una espada. No lo dijo, ni yo tampoco, pero creo que ambos pensamos en la metáfora evidente. El cliché. Después se levantó, dejó el plato en la pila y fue a contarle una historia a Daniel, que nos reclamaba desde su cuarto. Le tocaba a ella. (*Baja la voz*). Aunque Paula, que quede entre nosotros, por favor, hace trampa. Yo me invento historias con dragones voladores, criaturas mitológicas, enanos saltarines. Paula le cuenta películas haciendo que se las inventa. Ni siquiera le cambia el nombre a los protagonistas. A veces, le dice a Daniel que cierre los ojos y ella lee directamente de Wikipedia: Josh es un niño de 12 años que harto de su corta estatura pide a una máquina de feria el deseo de convertirse en un chico mayor y para su sorpresa se lo concede. Ya como adulto, Josh es contratado como alto ejecutivo de una importante empresa de juguetes debido a que por su mentalidad infantil conoce perfectamente los gustos de los niños. Ahora, podrá disfrutar de la independencia de la que gozan los mayores e incluso conocer el amor, pero también las dificultades que conlleva el hacerse adulto. Y así. Qué cara más dura tiene. A veces la oigo desde la sala de estar y se lo recrimino, pero ella cierra la puerta y sigue: hoy te voy a contar la historia de un niño que se queda solo en casa.